

– EXORDIO –

LA PALABRA ES UN ACERO QUE CORTA. SI NO SE empuña con temple, se vuelve puñal traicionero que desgarrar la conciencia hasta hacerla sangrar. Por eso decir «te doy mi palabra» no es un brindis al sol ni un soplo al viento, sino un sello indeleble que se graba en el tejido mismo del honor.

Los griegos no separaban la palabra del alma, porque en cada sílaba ardía el fuego del compromiso. Hablar era cincelar un pacto con lo divino, era firmar un acuerdo con la determinación con que se graba una ley en mármol. Después los romanos convirtieron la sacralidad en norma. La palabra ya no era sólo juramento, sino grillete de la dignidad. Lo dicho se cumplía porque no hacerlo suponía deshonorarse a uno mismo. Una persona de bien podía perder su fortuna, su hogar, hasta su vida... Pero jamás su palabra.

Lo que antaño fue estandarte de virtud es hoy moneda gastada, papel sin rúbrica, letra muerta. ¿Cómo lo hemos permitido? Hablar es un pacto; no con la ley, sino con la propia conciencia. El que empeña su palabra se hace deudor de sí mismo. ¿Cuándo se nos aflojó la lengua? Hablar no es un acto inofensivo. ¿Cómo va a serlo, si pone en juego nuestro propio ser?

Rescatemos la gloria de los días antiguos, cuando la palabra era sagrada y el honor inquebrantable. Que cada palabra se temple al rojo vivo, que cada promesa resista como yunque bajo el martillo. ¿O seguiremos arrastrándonos, con las rodillas en el lodo, mientras los antiguos nos miran desde sus pedestales? Si callamos un instante, puede que el eco de sus voces nos haga encontrar la senda.

1.

— TODO HONOR Y TODA GLORIA —

*Entonces, ¿no es cierto que quien conoce
los nombres conoce también las cosas?*

Platón, *Crátilo*

I.

SI SEGUIMOS EL RASTRO SEMÁNTICO DEL TÉRMINO «honor», no recorreremos un sendero llano, precisamente, sino uno de esos caminos intrincados que se retuercen como culebra vieja entre peñascos y maleza, y dejan al viajero con los pies magullados y la cabeza llena de preguntas. En ese camino hartado de repechos cada época ha dejado sus huellas, unas claras y otras tan borrosas que apenas se adivinan. Hay rectas romanas de piedra bien asentada, pero también vericuetos medievales llenos de barro y raíces que parecen subir al cielo para acabar perdiéndose entre nubes. No es senda para comodones ni para quienes prefieren la vereda fácil.

El honor es un palimpsesto sobre el que cada época ha escrito sus glosas, dejando caer su polvo de siglos.

Al escrutarlo hallamos, en primer lugar, un sustantivo de linaje estético, el *honos* romano. Una noción resplandeciente que podía significar *distinción*, *gloria* o incluso *brillo*, según lo demandara el contexto. Así lo usaron Terencio, Vitruvio y Virgilio, quienes tejieron con él imágenes de grandeza y esplendor. *Honos* era más que un sustantivo: era una toga en perfecto estado de revista. Honor: esplendor, lustre, señorío. ¿Qué más daba si el mérito era real o prestado? Lo importante era que engeguciese a los demás. Era, diríamos hoy, como lucir el reloj más caro en una fiesta y asegurarte de que todos lo vieran.

Pero entonces llegó Cicerón, a modo de estrella invitada, y se plantó en el centro del foro. Decidió que no era suficiente con parecer brillante; había que serlo. *Honestum* dijo, añadiendo una nueva capa: ahora la virtud tenía que ser parte del pastel. La fama de Cicerón como traductor al latín de la terminología filosófica del griego resultó decisiva para la evaluación semántica de ambos términos: empleó *honos*, junto con *gloria* y *laus*, para verter al latín el griego *τιμή* (*timai*, honor o estima) y *honestum-honestas* para *καλόν* (*kalón*), la belleza emparentada con lo bueno. Como su giro lingüístico convertía el fulgor exterior en virtud interior, ya no bastaba con que la toga brillase: el portador tenía que estar hecho de algo más que humo y espejos. De lo contrario, no sería más que un tramposo bien

vestido. Cicerón no se dejaba deslumbrar por filigranas y ornamentos. Sabía que, por mucho que luzcan los almocárabes y los floripondios de la fachada, valdrían poco sin la mampostería recia y la argamasa que sostiene el conjunto. La casquería del adorno podía arrobar a los incautos, pero él exigía buenos cimientos. Actuar con honestidad era, en resumidas cuentas, comportarse rectamente.

Honra, honor, honestidad... Palabras con solera, talladas en el mármol latino por filósofos de túnica y corona de laurel y pulidas a golpe de siglos, como esas viejas campanas que aún resuenan en la torre aunque el pueblo ya ni recuerde para qué repican. ¿Qué sucede si le desbastamos el mármol de un martillazo? Lo que aparece debajo no es un bloque inmaculado, sino una rugosa superposición de cicatrices, tachaduras y añadidos. Una capa sobre otra, lo bello se hizo bueno, lo bueno se hizo justo...

Séneca, otro hijo predilecto de la estoa, recogió la antorcha de Cicerón y cargó aún más de peso moral el término. Para él, *honestum* no era sólo una virtud; era el sumo bien, la cumbre de la vida virtuosa. No se quedaba corto al afirmar que *honestum est perfectum bonum* («lo honesto es el bien perfecto») o al señalar, con aplomo estoico: *Nihil est bonum nisi quod honestum est; quod honestum est utique bonum* («nada es bueno sino lo que es honesto; lo que es honesto es bueno en toda circunstancia»). La honestidad devenía brújula moral.

Ese rastro semántico, después de mucho serpentear entre colinas romanas, abandonó de golpe la calzada bien empedrada y se adentró en un sendero abrupto. Ya no bastaban los tramos de rectitud clásica ni los repechos de la virtud estoica: ahora el camino se hacía más hondo y oscuro, como una cañada que baja entre peñascos. Con la llegada del cristianismo, lo *honestum* dejó de ser sólo grandeza y rectitud para adquirir el peso callado de la templanza. Para san Agustín de Hipona, la *honestas* no era sólo virtud ética, sino también belleza inteligible, un destello de lo divino en lo humano. Crucial fue el cambio que trajo Tomás de Aquino, que, en su monumental *Suma teológica*, estrechó la relación entre *honestas* y castidad. Para santo Tomás, la honestidad se correspondía con la *temperantia*, virtud que liberaba de las tentaciones de la carne, de manera que lo *honestum* era también control, contención, pureza.

Así, el camino del honor, que comenzó entre lauros y mármoles y discurría bajo el sol luminoso de la calzada, se convirtió en una trocha angosta que ora en la penumbra, ora iluminada por un destello de gracia, buscaba las alturas sin abandonar lo terrenal. Y ahí sigue, como un viejo camino que invita a los pies cansados a andar un poco más, siempre hacia adelante, aunque el horizonte no termine de mostrarse nunca del todo. ¿Será que el honor tiene un resplandor propio, como el de esas estrellas que aún titilan en el cielo aunque su luz, terca y

tarda, se haya demorado siglos en dar con nuestros ojos? Pasan los siglos y el honor brilla sin aspavientos, con la calma antigua de lo que sabe que el tiempo, al final, lo pondrá en su sitio.

II.

HAY PALABRAS QUE EXIGEN ARRANCAR CON mayúscula. Honor es una de ellas. Hablar del honor es como verse en el azogue de un espejo. Cuando damos nuestra palabra de honor, ponemos nuestro entero respeto en ella: se establece un compromiso en el que nuestra palabra es garantía suficiente de cumplimiento, en tanto que es nuestro honor —ahí es nada— el que queda comprometido. Quien sea capaz de mirarse a los ojos, que levante luego la barbilla para mirar más alto. La palabra se da, se entrega: se concede y ofrece a título personal. La palabra se empeña. Es decir, se deja como garantía. Si se falta a ella, se pierde algo más valioso que una joya empeñada en tiempos de apuro: se pierde la cara. ¿Quién *presta* la palabra? La palabra sólo se entrega, como se entrega el estandarte en una batalla. Pero también se sostiene: se blande con firmeza, sujeta a las condiciones dadas.

Así, desde tiempos idos, se instaura un círculo de confianza. La legitimidad de una palabra queda avalada por sus precedentes: por la fama y honorabilidad del que la concede. En cambio, al que no cumple con la palabra dada se le llama sinvergüenza. Se le recubre de infamia, es decir, de mala fama, trocándolo en moneda falsa que nadie acepta. De ahí que el colmillo comercial, siempre afilado y receloso, inventara un método sujeto a convención y jurídicamente respaldado para evitar tener que fiarse del otro: la firma al dorso del contrato. Y así nació la firma, el salvavidas de los desconfiados y el ardid de los tramposos. Pero la trampa acecha siempre a la palabra, como un zorro al gallinero...

Antaño bastaba un apretón de manos o un buen apunte en el libro de deudas. ¿Acaso los hombres eran más sencillos y confiados? Sea como fuere, no había necesidad de jurar. Los juramentos llegaron de la mano del engaño, como gemelos inseparables. Ya lo cantó Hesíodo con su pluma de azufre: «La Discordia, hija de la Noche, lleva consigo las querellas, las mentiras, los embrollos, las palabras capciosas y por fin el juramento». La Biblia es más contundente, pues afirma que jurar es pecado. En la época de Jesús, los judíos juraban por «el cielo y la tierra» o por su propia vida en lugar de jurar por el Señor, con tal de esquivar las consecuencias de incumplir esa promesa. Jesús cortó por lo sano: «No juréis de ninguna manera: ni

por el cielo ni por Jerusalén. Sea vuestro hablar: “Sí, sí” o “No, no”. Lo que es más de esto, de mal procede» (Mateo 5:34-37). De ahí que, según el Diccionario de Autoridades, juramento sea «la afirmación o negación que se hace llamando a Dios por testigo de su verdad, o explícitamente nombrándole, o implícitamente en las criaturas en quien resplandece su bondad, poder y sabiduría».

En efecto, enredar una promesa con adornos es como envolver un regalo con demasiados lazos: uno se pregunta qué habrá dentro que justifique tanta ceremonia. La teoría de la compensación nos alerta, una vez más, del peligro de estar siendo engañados. Ahorrar alardes es ahorrar recelos. Dar la propia palabra debería ser tan simple como decir sí o no.

¿Qué es la palabra de honor sino un juramento en su destilación más noble? Las palabras «jurar» y «juramento» pertenecen a la familia del latín *ius*, *iuris*, ese venero donde la ley y la promesa beben de la misma fuente. Todo juramento es un acto jurídico, en efecto, pero, antes de serlo, es un tributo de confianza y un gesto de respeto entre pares. Porque el honor, como la belleza y la verdad, no sobrevive a solas: necesita cómplices para darse siquiera una oportunidad. Por supuesto, la apuesta por la integridad es un lance arriesgado, un idioma que se habla de a dos, pero el deber pesa siempre sobre uno solo. Y mantener la palabra dada no es sólo un acto de